

Besa la blanca rosa que crece en el pensil;
Llega á tu casto pecho la voz dulce y querida,
Del divinal Espíritu, del que te llama así:

«Tiende tu vuelo airoso del Libano encumbrado,
«Castísima paloma, ven; que te llamo, ven;
«Deja ese mundo mísero que tu alma ha lacerado,
«Ven tú la predilecta del pueblo de Israel:

«Ven, porque ya pasaron las nieves del invierno
«Ya solo bellas flores tus plantas pisarán;
«Te esperan las delicias del reino sempiterno,
«Y nunca tus mejillas el llanto bañará.»

Y entonces embriagada de mística ternura,
Suspiras por tu amado; quieres volar á él:
Y esa tu voz ternísima como la brisa pura,
Así habla al que tu pecho de amor hace encender:

«Me llamas, ha llegado tu acento á mis oídos,
«Grato como el perfume del nardo y el azahar;
«Iré hácia tu morada, los cielos escondidos
«Ocultan al que es solo mi dicha perennal:

«De flores y manzanas rodeadme un solo instante,
«Que al alma enamorada le sirvan de sostén;
«Mi ser ya desfallece y el corazón amante,
«En dulce arrobamiento irá á languidecer.»

Como la rosa exhala de sus hermosos pétalos,
La esencia deliciosa que hácia el espacio vá;
Así tu alma se eleva á la celeste bóveda,
Allí donde te espera la Eterna magestad.

Mas no es tu muerte ¡oh Virgen! esa amargura tétrica
Que envuelve al que en la culpa su cuerpo encadenó;
Es solo un dulce sueño, es de tu vida el tránsito,
A la morada eterna de la celeste Sion.

Tus restos, casto lirio, nunca la tierra pérfida
Sacrilega pudiera en polvo convertir;
Que fuiste templo vivo del Dios siempre benéfico
Que un dia trajera al mundo la redención feliz.

Quando tu ser purísimo dejó tu cuerpo cándido,
Los Angeles dejaron su alcázar de zafir;

Y á tus divinas plantas pusieronse solícitos;
¡Qué digno escabel fueran de la hija de David!

Al cielo te conducen y en armonioso cántico
Proclámate por Reina el coro angelical;
Te ensalzan los Querubes, bendicente las Virgenes,
Colócate á su diestra la Santa Trinidad.

Guadalajara, Agosto 15 de 1873.—LEON GUERRA.

CONSIDERACIONES SOBRE EL SACRAMENTO DE LA CONFESION.

Al mismo tiempo que en los Estados-Unidos y en Inglaterra los protestantes mas entendidos conocen el desacierto en que incurrieron sus sectas al abolir la confesion y procuran restablecerla, los que han venido á nuestro pais se ocupan en hostilizar una práctica tan saludable haciendo circular opúsculos en que se trata de separar de ella á nuestro pueblo. No hemos encontrado en estos impresos argumentos con que se ataque la confesion, sino únicamente declamaciones en contra de ella; no teniendo por lo mismo que resolver objeciones, nos hemos propuesto por ahora hacer algunas reflexiones sobre esta sagrada institucion, tan útil para promover la moralidad en el pueblo cristiano.

Nada tiene de extraño el que Dios que es ofendido por el pecado, siendo esta su voluntad, hubiera dejado sobre la tierra el poder de perdonar los pecados. Cualquiera persona que es ofendida siente intimamente que así como tiene derecho para perdonar por sí misma la ofensa que ha recibido, tambien lo tiene para dar el poder de perdonarla en su nombre á cualquiera otro, á quien fuere su voluntad, del modo y con las condiciones que le pareciere conveniente señalar. ¿Quién se atreverá á negar á Dios este derecho? Es propio de Dios perdonar los pecados como que son ofensas suyas; pues tambien le es propio, siempre que fuere de su agrado, dar poder para perdonarlos á quien quiera y con las condiciones que sea su voluntad señalar; así es que en este punto la única cuestion que podria moverse seria respecto de un hecho, á saber: ¿Dios ha dejado ó no en la tierra poder de perdonar los pecados? Respecto de esto el Evangelio es terminante. Encontramos en el capítulo XX del de San Juan vs. 21, 22 y 23, que dijo el Salvador á sus Apóstoles en una de las veces que se dejó ver de ellos despues de su resurreccion: «Como me envió el Padre, tambien yo os envío. Habiendo dicho esto sopló y les dijo: Recibid al Espíritu Santo: á quienes perdonareis los pecados, les son perdonados, y á quienes los retuviereis, les son retenidos.» Aquí tenemos claramente que una de las grandes facultades de la mision apostólica fué la de perdonar y retener los pecados; mas es incuestionable que debiendo durar la Iglesia hasta el fin de los siglos y siendo mortales los Apóstoles, y por lo mismo no pudiendo ellos gobernarla perpetuamente, las facultades que á ellos se concedian para el buen régimen de la Iglesia, debian pasar á los sucesores en su ministerio; y así entre otras muchas facultades concedidas por el Divino

Fundador del Cristianismo, se encuentra la de perdonar los pecados. ¿Qué puede oponerse á esto si Dios así lo determinó? El es á quien se ofende por el pecado, tiene por lo mismo todo derecho para castigar ó para perdonar, y para perdonar no conforme al gusto de quien lo ofenda, sino del modo que le agradare establecerlo. Cuando el hombre se atreve á ofender á su Criador, ¿cómo puede considerarse autorizado para imponerle leyes sobre el modo con que le ha de conceder el perdón? Al delincuente que implora clemencia no le corresponde otra cosa sino sujetarse á las condiciones que se le designen para alcanzarla.

Y ¿qué importa que sean hombres miserables como todos los que han de desempeñar sobre la tierra esta altísima mision de perdonar los pecados? Todos los instrumentos son iguales en las manos de Dios, porque jamás se sirve de ninguno de ellos por necesidad, sino por abundancia de poder, y precisamente los instrumentos mas débiles, los que menos propósito pudieran parecer para cosas grandes, son frecuentemente los mas acomodados para hacernos concebir ideas dignas de la Omnipotencia, porque cuanto menos se puede atribuir al instrumento, tanto mas visible se hace la sabiduría y el poder ilimitado de quien se sirve de él. No es el hombre quien hubiera de dar lecciones á la infinita Inteligencia, quien hubiera de enmendar sus planes. Y de hecho há ya cerca de diez y nueve siglos que está en práctica en el mundo católico la confesion de los pecados para obtener el perdón en virtud de la potestad concedida por el mismo Dios, y ¿quién podrá contar el número de criminales que por este medio se han corregido, el número de personas que por el mismo medio han observado una vida verdaderamente cristiana y aun se han elevado al mas alto grado de la virtud, el número de dificultades que se han allanado y de negocios gravísimos, de suma trascendencia que en la confesion se han arreglado felizmente? Dios de quien ha emanado la institucion, ha cuidado tambien de su buen éxito, y ha hecho que en sus grandiosos resultados se patétize su origen divino: los héroes mas esclarecidos de la Religión han sido enseñados en esa escuela: ahí, en la confesion han aprendido á domar sus pasiones, á negarse á sí mismos, á amar á Dios y á sus semejantes; ahí se ha encendido el fuego sagrado de la caridad que ha obligado á unos á repartir entre los pobres las grandes riquezas de que eran dueños, á otros á consumir su vida en los hospitales asistiendo personalmente á toda clase de enfermos, ó bien á emplearla en la educacion de la niñez y de la juventud y en la enseñanza de los ignorantes, ese fuego sagrado de la caridad á tantos ha impelido á ir á buscar al salvaje en los desiertos mas retirados, en las montañas casi inaccesibles, sufriendo todas las incomodidades, todas las privaciones, pasando por todos los sacrificios, exponiendo y aun perdiendo la vida por llevarle la luz del Evangelio y la verdadera civilizacion cristiana. Si es grande lo que produce grandes resultados, si es divino aquello por lo cual se realizan obras propias de Dios, es inegable que la confesion por la cual se han hecho tantas cosas admirables y superiores á las débiles fuerzas de nuestra naturaleza, es una institucion sublime y verdaderamente divina.

En efecto, en ella se revela elevada sabiduría, conocimiento exacto tanto del objeto que tiene en la tierra la religion, como de las necesidades del

espíritu y del corazón humano, y eleccion acertada de un medio utilísimo para moralizar al hombre. La Religion verdadera que nos concediera el cielo bondadosamente para hacernos felices, ¿podía contentarse con una virtud aparente, con una hombría de bien puramente externa, con una moralidad engañosa y las mas veces hipócrita en que al mismo tiempo que se hallara corrompido el corazón, se ostentara buena intencion y rectitud en aquellas acciones que pueden ser observadas y apreciadas por los hombres? De ninguna manera; porque no ha venido la Religion á autorizar ni aun á disimular la falsedad; porque no es justo delante de Dios ni puede conseguir su felicidad eterna quien no está limpio en su corazón y en su conciencia. Convenia por lo mismo que la Iglesia católica depositaria única de la Religion verdadera y divina cuyo objeto es promover en la tierra la verdadera justicia y salvar á los hombres, estuviera provista de medios y facultades para entender directamente en el arreglo del corazón y la conciencia, y esto es lo que tiene en el sacramento de la Confesion. Fuera de este sacramento la Iglesia no mira al hombre interior; aun cuando lo enseñe, aun cuando lo amoneste y le dé á conocer sus obligaciones y se valga de los estímulos mas poderosos para excitarlo á su cumplimiento, no ve el estado de la conciencia y del corazón verdadero asiento de la moralidad ó inmoralidad; no sabe qué pasiones, funestísimas acaso, se estarán desarrollando en secreto bajo una mentida apariencia de cristiandad y por las cuales se frustra todo su empeño por moralizar; no vé, y por lo mismo no puede corregir tantas ilusiones del amor propio á que el hombre está expuesto, tantos errados juicios que forma respecto de sí mismo, ni la facilidad con que suele dispensarse de muy graves obligaciones, llevado, muchas veces sin darse cuenta de ello, por sus intereses ó pasiones, todo lo cual tarde ó temprano viene á ser de fatales consecuencias en el orden moral: estaria por consiguiente imposibilitada en gran parte para desempeñar la importantísima mision que se le ha confiado de hacer que la Religion produzca entre los hombres los frutos de todas las virtudes sólidas y verdaderas; y en el admirable plan del Fundador del Cristianismo se descubriría la anomalía de que dirigiéndose en todo primaria y principalmente al hombre interior, en la Iglesia que estableció hubiera limitado las facultades y los medios únicamente á lo que el hombre presenta en el exterior.

La confesion tambien es una institucion adecuada á las necesidades del espíritu y del corazón. La humana inteligencia cuando ha de decidir en causa propia ¿á cuántos engaños no está expuesta? Nadie podrá dudar que en lo relativo al arreglo de la conducta, el hombre ve con mucha mayor claridad y resuelve con mas acierto respecto de otro que respecto de sí mismo. Los vicios que en otros nos parecen insoportables, si llegamos á incurrir en ellos, no se nos presentan en nosotros tan repugnantes, y luego nos ocurren mil razones ó bien para disculparlos del todo si es posible, ó al menos para considerarlos nosotros mismos y para pretender que los otros los miren como menos reprobables. Notamos con facilidad la insubsistencia de las razones con que pretendemos excusarnos de sus deberes; pero esas mismas razones nos parecen de valor cuando nosotros nos valemos de ellas para eximirnos de obligaciones tal vez mucho mas graves. Nuestro entendimiento que debe dictaminar en cada caso particu-

lar sobre la moralidad ó inmoralidad de nuestras acciones, se encuentra frecuentemente combatido por las imperiosas exigencias de las pasiones, y al experimentarse su vehemencia, al apeterse vivamente lo que no está en el orden, como agitan los remordimientos, nace en el hombre una tendencia, de que muchas veces ni se dá cuenta y que suele conseguir su objeto, y esta es la de callar la conciencia y hacer que autorize como lícito aquello que está deseando ó practicando, para lo cual es ingeniosísimo el hombre en inventar razones. Tal es la situación de la inteligencia individual en orden á nuestra direccion moral.

Y no se crea que el corazon se encuentra en circunstancias menos desfavorables. Si la inteligencia en donde está la luz, puede ser oscurecida y trastornada por las pasiones, ¿qué podrá esperarse del corazon verdadera residencia de los efectos y que no hace mas que apeterer? Es sin duda un elemento poderosísimo para el bien todo ese bello conjunto de sentimientos nobilísimos que ha depositado el Criador en el humano corazon; pero ¿cuán fácil es que estos sentimientos se debiliten, se neutralizen por la influencia de las malas pasiones, y queden sustituidos con estas en una parte mas ó menos considerable! Nada es tan delicado como la direccion del corazon. Toda se reduce, es cierto, á desarrollar en él los buenos sentimientos y sofocar los malos; pero para conseguirlo ¿de cuántos medios y cuán acertados no es preciso valerse? ¿qué vista tan perspicaz no se necesita para descubrir los ingeniosísimos ardidés de las pasiones? ¿qué vigilancia para atacarlas tan luego como se empiezan á explicar y evitar así que tomen fuerza y acaso despues no se consiga contenerlas? ¿qué cuidadosa observacion para conocer las inclinaciones dominantes, las circunstancias favorables ó adversas al bien obrar en que el hombre está colocado ó podrá encontrarse en lo de adelante? y ¿qué constancia, qué resolucion no se necesita para continuar esta buena direccion durante la larga carrera de la vida y rodeados como nos hallamos, por todas partes de los incentivos para la maldad?

Medítese atentamente en todas estas dificultades que se presentan al hombre, y dígase si seria cuerdo el esperar que abandonado únicamente á su juicio individual, llegara á tener la rectitud de conciencia que necesita, llegara á acertar con el verdadero método de desarrollar en sí todos sus buenos sentimientos y de sujetar las pasiones á la conciencia, llegara en fin, á practicar tal cual es la moral de pureza del Cristianismo que jamas transige ni con el desorden mas pequeño. Seria preciso desconocer lo que es el hombre para negar las grandes ventajas que le resultan de que se le halla provisto de una fiel direccion para que camine sin tropiezo por el sendero de la virtud. La Bondad divina quiso darnos guías que están obligados á ser fieles por la ley mas sagrada, y por la responsabilidad mas tremenda, pues de ellos depende en gran parte la suerte de las almas. Cuando queramos disculpar nuestros vicios, cuando vivamente afectados por alguna pasion inventemos razones para justificar nuestra conducta, ¿creemos que sea tan fácil que quien nos juzga en nombre de Dios y ha de responder á Dios de nosotros, no conozca la nulidad de nuestras disculpas y de nuestras razones? Bastaria el simple hecho de que no está afectado ni interesado lo mismo que nosotros, para que viera con mas claridad y formara un juicio

imparcial: ¿pues cuántas mayores garantías no tenemos de acierto si atendemos á la sagrada obligacion que le incumbe de desahacer nuestros errores, de no ser complaciente con nuestras malas inclinaciones y de ponernos en el camino de la salvacion? Por esto tambien la confesion es el medio mas á propósito para impedir el desarrollo de las pasiones y para que se nos prescriban los medios mas acertados para sujetarlas. Decia Leibnitz con mucha razon: «Si el verdadero amigo es un tesoro inestimable ¿cómo no lo será aquel que está obligado á sernos fiel por la ley inviolable de la Religion?

¿Y quién ignora que el hombre necesita á quién comunicar las duras penas que sufre en su corazon, á quién ocurrir en sus incertidumbres, á quién consultar en sus dudas, quien lo aliente en su abatimiento, quien lo aconseje en los casos comprometidos y difíciles, quien le advierta sus desaciertos, y aun cuando caiga en grandes crímenes, quien le tienda una mano amiga para levantarse y haga nacer en su alma la esperanza? Tantos íntimos secretos, tan delicados y de grávisima trascendencia, ¿se comunicarán alguna vez á otro amigo que no sea aquel de cuya fidelidad nos aseguran la alteza de su ministerio, la santidad de sus deberes y una especial confianza en la vigilancia de la Providencia que nos lo ha dado y nos ha ordenado que le manifestemos lo que pasa en nuestra conciencia y en nuestro corazon? Hay cosas absolutamente propias de cada uno: hay secretos que el hombre no descubrirá jamas sino á quien mira investido con el augusto carácter de representante en la tierra del Dios que lo ha de juzgar. Quitese este recurso, y entonces estos secretos que á nadie se confían, esos sufrimientos que no permiten ni el desahogo de la comunicacion y en que ni posible es recibir un consejo, esas penas que se devoran en silencio mostrando á todos semblante alegre para disimularlas, perturbada ya la inteligencia y desapareciendo por último toda esperanza de remedio, esas son las que llevan á tantos desdichados aun atentar contra su existencia. Miradlo bien: donde domina el protestantismo, donde se extiende la irreligion ahí es casi increíble el número de los suicidios, y ahí es tambien donde tantos hombres están privados de los medios eficacísimos de consuelo, de reparacion y de esperanza de que proveyó al hombre miserable el Salvador que murió por hacerlo feliz.

Siendo el sacramento de la confesion tan propio para el objeto de la Religion y tan adecuado á las necesidades morales del hombre, ¿quién podrá desconocer en él la eleccion hecha por la Infinita Sabiduria de un medio de suma eficacia para que las máximas sublimes del Evangelio fueran practicadas y para que fuera una realidad entre los hombres la virtud cristiana, la verdadera virtud cuyo asiento no puede ser otro sino la rectitud de la conciencia y el perfecto arreglo de todos los afectos del corazon? Para rectificar la conciencia y el corazon no bastaba la enseñanza general respecto de las obligaciones cristianas, porque las aplicaciones prácticas de estas obligaciones á los casos particulares son tan variadas, y se presentan rodeadas de circunstancias tan diversas, que muy bien se concilia el recto juicio teórico de un deber moral con multitud de errores prácticos respecto de las aplicaciones del mismo deber, errores en que es tanto mas fácil incurrir cuanto que el terreno propio de las pasiones es la práctica, y por lo mismo,

si dejan mas tranquilidad para juzgar teóricamente de nuestros deberes, se alarman luego que llega el caso de arreglar por ellos la conducta; entonces ponen en accion todos sus recursos, ya atacando violentamente, ya sugiriendo excusas, pretextos y mil especiosas razones para justificar ó disminuir al menos á nuestros propios ojos la culpabilidad de lo que hacemos condescendiendo con sus exigencias; y aun sin necesidad de incurrir en errores prácticos, si no se impide oportunamente el desarrollo de las pasiones, nos llevarán á obrar el mal á sabiendas, aun con todo conocimiento y arrojando con todas sus consecuencias. En la confesion es únicamente donde pueden deshacerse la infinidad de errores prácticos en que incurren los hombres relativamente al arreglo de su conducta; solo ahí pueden esclarecerse las dudas que agitan al espíritu en asuntos de interés eterno que á nadie se atreve el hombre á comunicar; solo ahí puede hacerse nacer la esperanza en el corazon de aquel que se ha dejado poseer de un secreto abatimiento que le puede atraer las mas funestas consecuencias; solo ahí puede el delincuente manifestar los verdaderos motivos que lo impelieron á obrar mal, las pasiones que obraron en su corazon, las consideraciones que lo detenian de cometer el delito y que despues son la causa de sus remordimientos; por consiguiente solo ahí se conoce con exactitud el verdadero carácter de los males morales de cada uno, su verdadero origen, los elementos de bien con que se cuenta y los medios mas apropiados para conseguir la reparacion de los malvados: así como tambien solo en la confesion se conocen con exactitud los buenos ó malos afectos que dominan en cada uno, los combates interiores que sufre la virtud de parte de las pasiones y los peligros todos de que se encuentra rodeado el que se propone vivir bien; por lo mismo solo ahí pueden tomarse con acierto las medidas convenientes á cada uno para obtener su arreglo moral y para conservar y acrecentar en él la virtud. En materia de moral todo lo que es general, todo lo que es puramente externo y que se abandona á la vaguedad é incertidumbre del juicio individual en cuanto á sus aplicaciones prácticas y de conciencia, no puede dar suficientes garantías; la moral cristiana debe ser de todo el hombre y primariamente del hombre interior, de su conciencia, de su corazon, y secundariamente del hombre exterior, pues el arreglo humano solo bajo este último aspecto, cuando no emana ni está cimentado en el arreglo interno, es un engaño, una hipocrecia, un verdadero desórden que condena la Religion, y tanto mas perjudicial, cuanto que encubriéndose con la apariencia de virtud, presenta mucha mayor facilidad para obrar el mal impunemente.

PRESB. AGUSTIN DE LA ROSA.

EL "SIGLO XIX" Y LA "VOZ DE MEXICO."

Han tenido una discusion empeñada estos dos periódicos sobre la famosa cuestion de Galileo, el primero haciendo imputaciones, el segundo defendiendo á las autoridades eclesiásticas. Hace ocho años que tratamos esta cuestion bajo su aspecto puramente científico, sin que entonces se nos

hubiera contestado. Mas como debe haberse olvidado lo que entonces dijimos, creemos oportuno reproducirlo aclarándolo mas ó ampliándolo en algunos puntos, supuesto que de nuevo se suscita la misma cuestion. Como ni la «Voz» ni el «Siglo» han llegado á venir á nuestra Redaccion, (lo cual estamos muy lejos de atribuir á otra cosa, sino á que se ha pasado establecer el cambio á causa del recargo de trabajo de sus administraciones) les suplicamos con esta ocasion se sirvan establecer con nosotros el cambio.

LA CUESTION DE GALILEO DISCUTIDA MATEMÁTICA Y ASTRONOMICAMENTE.

§ I.

Breve exposicion de los sistemas astronómicos.—Pruebas de que no se encontraba entre los católicos entendidos la preocupacion religiosa que se les quiere atribuir por el sistema de Tolomeo.

Colocado el hombre en medio de la creacion, para contemplarla y para estudiarla se ha sentido precisado por un impulso de su misma naturaleza á fijar un centro al cual deba referir toda esa obra magnifica que tanto lo sorprende y embelesa. La Tierra y el Sol son los únicos cuerpos que se han disputado este honor, tanto en las sencillas contemplaciones del hombre sin letras en quien solo obra la naturaleza, como en las investigaciones mas serias del filósofo. Ya desde la antigüedad encontramos filósofos que colocaron al Sol en el centro, no solo de los movimientos planetarios, sino tambien del Universo. (Aquellos hombres que no tenian una idea justa del Mundo, confundian siempre su centro con el de nuestro sistema.) Esta fué la opinion de los pitagóricos; y conforme á ella, advierte Newton, que Numa Pompilio en simbolo de la redondez del mundo y del FUEGO SOLAR [1] que ocupaba su centro, erigió el templo de Vesta en figura redonda y colocó en su medio el FUEGO SAGRADO que cuidaban las vestales. Otros filósofos pusieron á la Tierra inmóvil como centro que reconocian todos los astros. En cuanto á los movimientos de estos, primero se creyó que se verificaban en espacios libres; pero despues para sostenerlos y para que al mismo tiempo pudieran verse, se inventaron los cielos sólidos y cristalinos en que se movieran; idea que han desterrado los adelantos de la ciencia.

Tolomeo de Alejandria, en el siglo segundo de la era cristiana adoptó é ilustró con sus observaciones el sistema que colocaba á la Tierra inmóvil en el centro; y así segun él todos los astros giran todos los dias al derredor de la Tierra inmóvil en este órden: 1.º la Luna, 2.º Mercurio, 3.º Vénus, 4.º el Sol, 5.º Marte, 6.º Júpiter, 7.º Saturno, 8.º las estrellas. Este órden mudaba en parte el que habia establecido Platon y que siguieron Aristóteles y otros filósofos colocando al Sol inmediatamente despues de la Luna. Aunque Tolomeo no inventó este sistema, generalmente se llama sistema de Tolomeo.

Algunos otros sabios antiguos reconocieron que Mercurio y Vénus giran al derredor del Sol; entre ellos se encuentra Ciceron que dice, hablando del

(1) Los antiguos creian que el Sol era como un oceano de fuego.